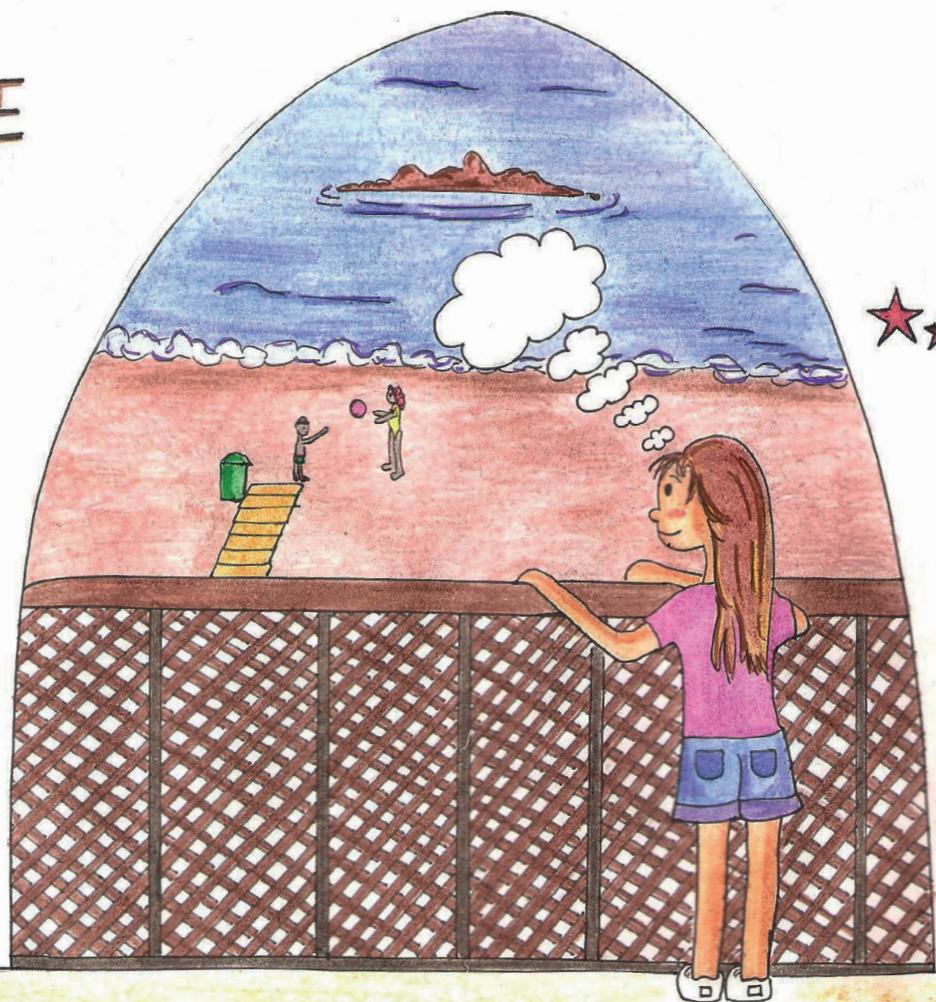


# En los sueños de Carmen

Mari Carmen Martínez Miñán



# En los sueños de Carmen

Mari Carmen Martínez Miñán



Segunda edición, 2018

Autora: Mari Carmen Martínez Miñán

Ilustración: Mari Carmen Martínez Miñán

Maquetación: Raquel Garzón Montagut

Edita: Educàlia Editorial

Imprime: Grupo Digital 82, S.L.

ISBN: 978-84-17493-04-2

Depósito legal: V-1040-2018

Printed in Spain/Impreso en España.

Todos los derechos reservados. No está permitida la reimpresión de ninguna parte de este libro, ni de imágenes ni de texto, ni tampoco su reproducción, ni utilización, en cualquier forma o por cualquier medio, bien sea electrónico, mecánico o de otro modo, tanto conocida como los que puedan inventarse, incluyendo el fotocopiado o grabación, ni está permitido almacenarlo en un sistema de información y recuperación, sin el permiso anticipado y por escrito del editor.

Alguna de las imágenes que incluye este libro son reproducciones que se han realizado acogiéndose al derecho de cita que aparece en el artículo 32 de la Ley 22/18987, del 11 de noviembre, de la Propiedad intelectual. Educàlia Editorial agradece a todas las instituciones, tanto públicas como privadas, citadas en estas páginas, su colaboración y pide disculpas por la posible omisión involuntaria de algunas de ellas.

#### **Educàlia Editorial**

Avda. de las Jacarandas 2, loft 327 - 46100 Burjassot-València

Tel. 960 624 309 - 963 768 542 - 610 900 111

Email: [educaliaeditorial@e-ducalia.com](mailto:educaliaeditorial@e-ducalia.com)

**[www.e-ducalia.com](http://www.e-ducalia.com)**



# Índice

La llegada.....	5
La visita de los delfines.....	16
Nuestro gran día de pesca .....	24
Capitana de barco.....	28
Uno más en la familia.....	37
El misterio de la isla.....	41
El intento de robo .....	52
La despedida .....	60





## La llegada

---

Como cada verano, mi familia y yo íbamos de camino a Carboneras para pasar un mes de vacaciones en la playa. Nerviosa en el coche e impaciente por ver desde lejos, a través del parabrisas contagiado de mosquitos atropellados, la gran chimenea de la central térmica de carbón y que anunciaba a voces la llegada al pueblo de Carboneras. Preguntaba a cada momento: ¿queda mucho?, ¿cuánto falta?, ¿hemos llegado ya?... y cada vez, notaba como mi padre se desesperaba por esas preguntas infinitas. De repente allí estaba, se veía inmensa y firme, como cada año. Parecía como si estuviera esperando para darnos la bienvenida allá a lo lejos entre las montañas.

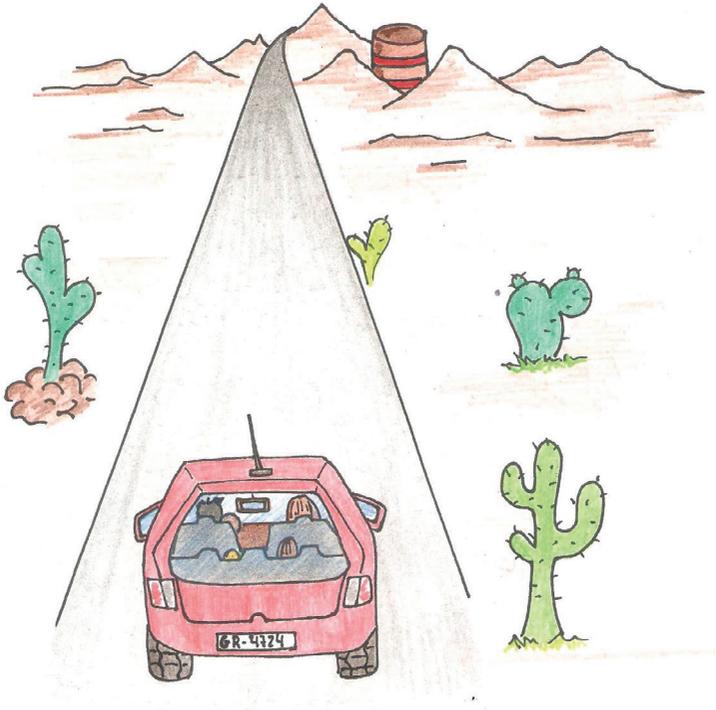
Cuando por fin la vi, se me iluminaron los ojos y mis labios sonrieron a la misma vez que una sensación de serenidad recorría mi cuerpo. Ya estábamos allí. Miré a mi hermano, que tenía 5 añitos, era 4 años menor que yo y señalando a la chimenea le dije:

-¡¡Ya hemos llegado!! ¡Por fin!

Cuando mi padre por fin encontró aparcamiento, después de dar varias vueltas por las calles de alrededor del piso, tocaba descargar el coche de maletas y bolsas atiborradas de varias cosas, entre ellas, los accesorios necesarios para la playa, comida, etc. Al bajar del coche, se podía respirar ese aroma a mar, esa sensación de frescura y a la misma



vez, ese ambiente pegajoso, pero que nos encantaba sentir. Subimos las maletas al piso, que era un primero sin ascensor y escaleras un poco estrechas. Una vez arriba, tocaba deshacer las maletas y colocar toda la ropa en los armarios y cada cosa a su sitio.



Después de un par de horas de colocación y de limpieza en el piso, ya que después de todo el invierno sin ser habitado, el polvo inundaba los muebles..., todo estaba más o menos organizado. Por lo que, decidimos salir al parque a dar un paseo y tomar un helado. Todo estaba igual que siempre, no había cambiado nada. Olía tan bien, se respiraba tanta paz y tranquilidad..., todo en calma y sin prisas. La gente



paseaba tranquilamente, sin relojes en la muñeca, parejas cogidas de la mano, familias sentadas en el césped, algunas chicas leían libros en unos bancos, era un ambiente del que no quería evadirme.

Pasaban las horas y ya estaba deseosa de ver a mis amigas del pueblo. Beti, Eli, Ana Mari, Josefina... todas tenían mi edad, menos Beti que tenía 7 años. Pero el primer día no las pude ver porque estábamos demasiado cansados por el viaje y decidimos ir pronto a casa. Cenamos una tortilla de patatas deliciosa que mi madre había preparado antes del viaje y la había traído en un taper. Vimos un poco la tele y nos acostamos al momento. El sueño nos visitó muy temprano esa noche.

Al meterme en la cama, que estaba junto a la de mi hermanito, en la misma habitación, con la ventana abierta, se escuchaba el ruido de las olas del mar, ya que por la noche había tal silencio perturbador, que hasta el sonido del mar se deslizaba hasta llegar a esa habitación. Qué sensación tenía de tranquilidad, relajación, calma y a la misma vez de tanta alegría y euforia por estar allí..., por eso, no podía conciliar el sueño y le pregunté a mi hermanito:

—¿Estás despierto?

—Si. —Susurró desde su cama.

—¡Qué ganas tenía de estar aquí! —Le dije en voz bajita e intentando distinguir su figura, ya que todo estaba oscuro en la habitación.

—Yo también. Tengo ganas de ir a la playa y de hacer un hoyo para enterrarte, jejejeje.—Me dijo entre risas susurradas para no hacer ruido.



–Duerme hermano. Buenas noches.

–Buenas noches.

Pasaban los minutos, pero seguía sin poder dormir y ya escuchaba la respiración profunda de mi hermano que estaba el pobre súper cansado del viaje y tardó cero coma cero en caer redondo y los ronquidos de mi padre que provenían de la habitación de al lado.

Así que sin hacer ruido, me levanté y salí a la terraza. Ya eran las dos de la mañana y todo estaba oscuro. Al mirar al cielo se veían millones y millones de estrellas brillando desde la inmensidad del universo y de vez en cuando podía observarse alguna estrella fugaz y en uno de esos momentos cerré los ojos y pedí un deseo: “cuando sea grande quiero vivir en la playa”.

Me tumbé en una de las hamacas de la terraza para seguir mirando aquellas estrellas tan brillantes y poco a poco se me iban cerrando los ojos... De repente, todo estaba oscuro, pero una lucecita diminuta comenzó a brillar en la lejanía. Parecía como si se fuese acercando cada vez más, porque cada vez se hacía más y más grande. Hasta que me di cuenta de que era una estrella. Entonces fue cuando me percaté de que me encontraba viajando entre las estrellas, ¡Y hasta tenía mi propio traje de astronauta! Con mi casco de astronauta y mi visor extravehicular, mis guantes de astronauta, mi mochila a la espalda donde se encontraba el oxígeno que hacía que pudiera respirar sin problema, mis botas de astronauta con suela de goma negra, que servía para dar una mayor protección... Iba flotando por el espacio y pasando al lado de millones de estrellas. De pronto, me di cuenta que iba dirección a un planeta que tenía la tierra de color rojizo.



¿Sería Marte? Puse el pie en el suelo y... efectivamente, era Marte. La gravedad en Marte es mucho menor que en la Tierra, por lo que mi cuerpo no pesaba casi nada..., y además notaba el frío en el ambiente, porque en Marte hace mucho más frío, ya que está más lejos del Sol que la Tierra.

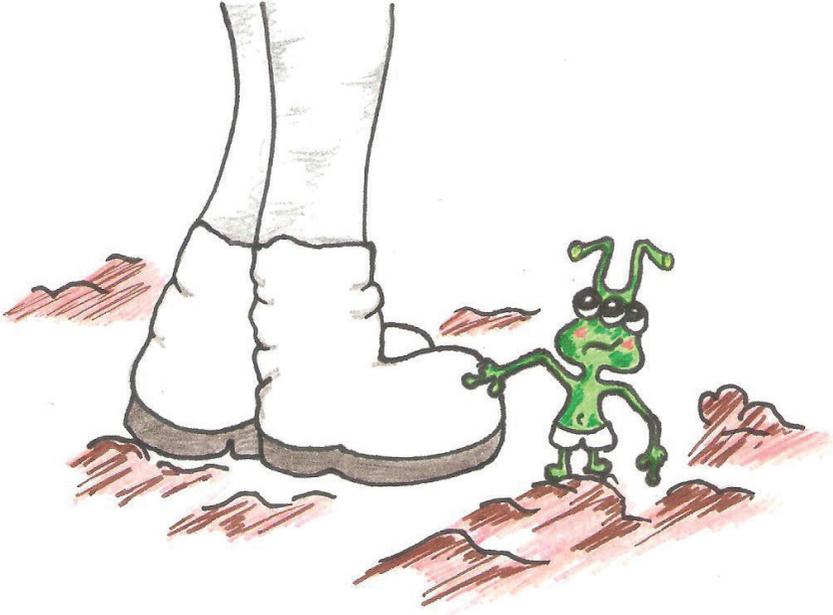
Fui dando pasitos lentamente para investigar el planeta, tenía mucha curiosidad por saber si habría o no habría vida allí. ¿Habría vida en alguna parte del inmenso universo? ¿O seríamos los únicos seres vivos? A medida que iba avanzando, me encontraba cada vez más perdida y no sabía por dónde seguir, hasta que en un momento determinado, me pareció oír algo a mi derecha. Giré la cabeza rápidamente, pero no vi nada. Ahora escuché el mismo sonido a mi izquierda, y volví a girar la cabeza hacia ese sentido, pero tampoco vi nada. Qué raro, ¿serían imaginaciones? ¿El estar en otro planeta deshabitado, sola y sin saber qué hacer ni donde ir me estaría volviendo loca?

Pero enseguida noté que algo o alguien estaba dándome unos golpecitos muy suaves en mi bota derecha y entonces miré hacia abajo. Fue ahí cuando pude distinguir a un extraño ser de color verde, pequeñito, del tamaño de una mano. Tenía tres ojos saltones que me miraban hacia arriba, dos antenitas por las que parecía que respiraba, dos brazos finos y largos con dedos de puntas redondas y dos piernas con un pie bastante pequeño. Eso explicaría el por qué era tan veloz a la hora de moverse de un lado a otro sin que pudiera verlo en un principio. Este extraño ser, se quedó mirándome con cara confusa. Y yo, por supuesto me quedé perpleja y con los ojos como platos..., una extraña sensación de calor inundaba todo mi cuerpo, me subía desde los pies y las manos hacia la cabeza muy rápidamente, no sabía si gritar o



salir corriendo, por eso me quedé paralizada unos segundos sin saber qué hacer. Cuando por fin pude reaccionar, intenté sonreírle y aunque tenía un poco de miedo, le dije:

-¿Hola?



El extraño ser verde no hablaba, sólo hacía un curioso ruidito, como si estuviera hablando o intentara decir algo, pero no hablaba. De pronto, esos ruiditos atípicos se metieron en mi mente y se transformaron en palabras. Sí, los ruiditos, que sin saber cómo, se iban traduciendo en mi mente y de esta manera podía entender lo que quería decir ese extraño ser de Marte.



Me dijo que lo siguiera y el pequeño ser verde comenzó a andar. No sabía qué hacer, si seguirle o dar media vuelta e irme por donde había venido. Pero tras unos segundos meditando, decidí que era una gran oportunidad para conocer a este ser extraño y también, que no había llegado hasta Marte para darme media vuelta ahora.

Lo seguí durante un rato, ya estaba cansada de andar, aunque al pequeño bichito raro parecía que no le importaba anda y andar. Pasamos por una llanura, todo estaba seco, no había agua por ningún lado, por lo tanto no había vegetación, solo tierra de color rojizo y algunas rocas. Luego subimos una pequeña meseta. En el centro de ésta, había una entrada hacia el interior del planeta. Todo estaba oscuro al principio, pero mientras íbamos avanzando hacia el interior, apareció poco a poco una luz que cada vez se hacía más fuerte. Esa luz amarillenta provenía del interior de unas piedrecitas que estaban por toda la cueva. Parecían bombillas pequeñas o lucecitas de navidad. El pasillo de la cueva por lo tanto estaba alumbrado por esas piedrecitas, lo que hizo posible que a lo largo de todo el recorrido, tuviera la suerte de observar en las paredes, unos dibujos, esquemas y mapas realizados con una tinta negra. Algunos de esos dibujos parecían ser explicaciones para construir naves espaciales, otros parecían mapas del universo y todas las galaxias...

Cuando llegamos al final del interminable pasillo, pude ver una especie de núcleo en el interior de la cueva, donde había diferentes pisos o alturas y... ¡Había agua! Corrían pequeños riachuelos por los laterales de ese núcleo y algunas cascadas pequeñas que caían desde algunos de los pisos. Nosotros nos encontrábamos en la planta baja, por así decirlo. Un tremendo silencio se hizo en la cueva cuando de



repente, otro ser extraño, pero éste de color azul, apareció en uno de los pisos anteriormente mencionados. Después apareció otro de color morado, y así sucesivamente, fueron apareciendo centenares de seres extraños de diferentes colores por todas partes, que me miraban fijamente, y claro, yo no sabía qué hacer ni qué decir..., por lo que solté otra vez un simple:

-¿Hola?

Luego pensé en mi interior que el ser extraño se iba a pensar que no sabía decir otra cosa, y que tenía un déficit en el vocabulario. Solo ¿hola?, ¿de nuevo un simple hola?, pero bueno ¡que tengo 9 años!, sé decir más cosas a parte de un simple ¿hola? Serían los nervios y el estar rodeada de tantos seres extraños, pero me quedé completamente en blanco.

Me sentí un poco incómoda por la situación, todos me miraban como si yo fuese un bicho raro, como una misteriosa criatura que había aparecido en su planeta y a la que había que examinar u observar. Y... claro, pensándolo bien, es que era así. En Marte era yo la rara, la extraterrestre para ellos. Fueron pasando los minutos y cuando estos seres se dieron cuenta de que a pesar de ser mucho más grande que ellos era tan sólo una niña inocente y buena que no iba a hacerles daño, empezaron a acercarse a mí y a mirar mi maravilloso traje de astronauta con mucha curiosidad. Se asomaban por el visor extravehicular para ver mi carita y yo les sonreía enseñando mis perfectos dientes blancos como perlas. Indagaron todos los recovecos de mi traje. Todo parecía ir bien, y pensé que había hecho amigos nuevos.

Entonces, me senté en una roca, y mientras se me iban acercando, me iban mandando mensajes que mi mente tradu-



cía. Me dijeron tantas cosas que debemos saber nosotros los humanos y que en verdad sabemos, pero ignoramos. Me hablaron de lo que le pasaría en un futuro a nuestro planeta Tierra por culpa de la contaminación, del efecto invernadero, de la deforestación, del maltrato entre nosotros mismos, a los animales..., cosas que nosotros, las nuevas generaciones debemos de evitar para así poder crear un mundo mejor donde vivir.

Uno de ellos, el de color rojo, me puso su dedo índice sobre el pecho, donde está el corazón, y fue entonces cuando me enseñaron a través de imágenes que venían a mi mente, que los celos, la envidia, el orgullo, la arrogancia, la soberbia, la vanidad..., todas esas cosas, no sirven para nada, sólo para distanciarnos y pelearnos entre nosotros mismos.

—¿Por qué competís los seres humanos unos con otros para ver quién hace las cosas mejor? —Me dijo el de color morado.

—Pues, la verdad no lo sé. Será porque piensan que el que lo haga mejor tendrá una mayor recompensa, o un premio. —Le contesté.

—Aquí no competimos, aquí nos ayudamos unos a otros para hacer las cosas bien por igual. Si a uno de nosotros le cuesta más hacer una determinada cosa, los demás le ayudamos para que lo podamos conseguir todos. —Me explicó.

—¿Por qué sentís envidia cuando a uno de vosotros le pasa algo bueno? —Me preguntó el de color azul.

—Quizás, porque esa persona que siente envidia, quería que le pasara a él también ese algo bueno. —Le contesté.

—Aquí no sentimos envidia. No sabemos ni cómo es ese sen-



timiento. Nos alegramos por cada cosa buena que le pase a uno de nosotros y lo celebramos juntos. Todos somos como hermanos, compartiendo todo lo bueno que tenemos y las cosas que nos da la vida.

Me quedé maravillada de las cosas que me explicaban y me gustaba tanto su forma de vida..., ojalá nosotros fuésemos de esa forma.

Contemplé durante un rato cómo vivían estos seres. Ellos lo compartían todo, se querían todos por igual, no existían la envidia ni la competencia. Eran un equipo o una colonia en la que se ayudaban unos a otros para conseguir un bien común. Aprendí mucho de ellos.

Más tarde me contaron que tenían un problema que no podían solucionar solos y quizás el destino me había llevado allí por esa razón. Tenía que ayudarlos yo.

—¿Qué clase de problema es? —Pregunté.

—Aquí en nuestro planeta no tenemos mucha vegetación. — Me dijo el de color verde.— El suelo fértil es muy reducido y limitado por lo que necesitamos de tu ayuda.

—¡Claro!, yo os ayudaré en todo lo que pueda. —Les dije.

—Te daremos unas semillas, estas semillas deberás plantarlas en un lugar seguro de la Tierra. Donde nadie las pueda pisar o cortar. Cuando las plantas hayan crecido lo suficiente, nos pondremos en contacto contigo de nuevo para recogerlas.

—De acuerdo. —Cogí las semillas. Eran distintas a las que utilizamos nosotros en nuestro planeta. Parecían pepitas de oro. Las guardé en uno de los bolsillos de mi súper traje espacial para que no se perdieran.



Esas horas compartidas con esos seres tan maravillosos, no las cambiaba por nada del mundo. Me sentí tan especial de haber podido vivir esa experiencia que les di las gracias a todos.

Mientras me despedía de estos pequeñajos, me di cuenta de que no podía contárselo a nadie, ya que si lo contaba..., las personas de la Tierra, destrozarían todo aquello y los utilizarían para estudiarlos. Por lo que me prometí a mí misma que no se lo contaría a nadie.

De repente un frío erizó mi piel y abrí los ojos. Allí estaba, en la hamaca donde me había tumbado a mirar las estrellas. Me levanté y me fui directa a la cama donde tuve que taparme con la sábana, ya que me había quedado helada en la terraza. Mi hermanito seguía dormido plácidamente y los ronquidos de mi padre parecían haber desaparecido. Rápidamente me quedé dormida.